

EL BAUTISMO.--LA LEYENDA DE LOS PAÑALES.



El grabado de este artículo representa las alegrías de la familia, de las que la principal es el bautismo del hijo que en ella nace.

SEGUNDA SERIE.—1862.

Jamás recordaremos bastante los deberes de este gran día á nuestro siglo, embriagado con el orgullo, la independencia y el amor al oro.

AÑO XX. 28

Cuando el espíritu de la familia gobernaba y civilizaba al mundo, cuando ese fuego sagrado del hogar doméstico mantenía todas las virtudes públicas y privadas, sociales y cristianas; el respeto á la edad y á la experiencia, la ternura y la sumisión filial, la unión grande de los hermanos y las hermanas, y por consecuencia el patriotismo y el valor civil, la obediencia á la autoridad y el sacrificio, la paz general hacían prosperar y durar los Estados; no se veían entonces como hoy padres abandonados, ó despreciados, lo que es peor, desde que han soltado la dote, ni ancianos empujados al sepulcro por el aislamiento y el pesar.

Entonces tampoco se casaban las gentes á la inglesa, huyendo cual ladrones nocturnos del lado materno, entregado á las angustias; no se suprimía de un solo golpe la familia entera para absorberse en la idolatría de sí mismo. Contábanse en aquellas épocas como escepciones, los hijos ingratos y olvidadizos, los avaros de veinticinco años, los herederos calculando las esperanzas, los hijos dando lecciones á los padres con el cigarro en la boca, los maridos arruinándose en los casinos mientras sus mugeres se comprometen en el baile.

Entonces se festejaba á los parientes por instinto, no por interés: si se hacían esclavos por cualidad y por amor, no se les cogía la palabra haciéndose su tirano por egoísmo. Se sentaba uno á su mesa por piedad, no por economía. No se miraban sus generosidades como obligaciones para libertarnos de agradecerlas. Los cuidados que se prodigaban eran necesidades sencillamente satisfechas, y no deberes cumplidos de mala manera. Se les daba en el fondo del alma, y no con la punta de los dedos y de los labios, el abrazo de partida y de vuelta, esa bendición de la ausencia de los besos de la mañana y de la noche, esa bendición del día. No se olvidaba jamás el guardarlos el sitio de honor en todas partes y hacerles homenaje en todas ocasiones, teniendo con ellos la confianza espontánea que comunica los secretos, ese criterio de los corazones bien nacidos. Todos los vínculos de la sangre se unían y estrechaban así por aquel cambio recíproco de ternezas, en lugar de relajarse y romperse en las luchas de las curiosidades y del amor propio.

Volved todos, padres ó hijos, hermanos y hermanas, abuelos y nietos, á las alegrías de las fiestas de la familia, y ojalá los cuadros que os trazamos en nuestro periódico, os puedan hacer volver á ese polo del mundo moral!

Es el bautismo el primer acto y la primera solemnidad de la casa cristiana.

Todas las dulzuras de la vida parecen reservadas á esta aurora de felicidad.

Se ha verificado el gran misterio de la humanidad; un hombre ha continuado su raza creando otro, á la manera de Dios; una muger se ha convertido en madre viendo á la flor de su amor dar su fruto; vuelve á abrirse el porvenir y sonríe á los abuelos tristes con el presente y pesados de lo pasado; la patria ha conquistado un soberano, la Iglesia un hijo, el mundo un rey, la naturaleza un Señor: tratad de asegurar al cielo un elegido!

Para esto se lleva al recién nacido al ministro de Dios con solemnidad, con pompa. La madre está también adornada en su lecho, convertido en trono glorioso. Su sangre mas pura se convierte en ambrosía para alimentar al ser que ha formado.

¿Dónde están el padrino y la madrina, los responsables y

protectores de la nueva criatura ante Dios y ante los hombres?

Aquí el uso y la tradición dictan su ley soberana; el uso es código superior y anterior á todos los códigos; la tradición es privilegio supremo de la familia y del corazón.

El padrino y la madrina son desde luego el abuelo por un lado, y la abuela por otro, dicen todos los tratados, desde el origen de la humanidad en todos los países y en todos los pueblos, hasta entre los salvajes del Orinoco.

¡Ah! esta regla no tenía necesidad de estar escrita, ni en las tablas de los patriarcas, ni en los papiros de los antiguos, ni en los pergaminos de la edad media, ni sobre las planchas de impresión de Guttemberg! estaba grabada en el alma, y Abel hubiera rechazado á los ángeles mismos del Eden y elegido á Adán por padrino de su hijo primogénito, si Cain no le hubiese muerto antes de la edad de ser padre.

Cain tal vez hubiera sustituido el cálculo al instinto en este negocio de sentimiento.

Esta ley es el mismo grito de la sangre en todos los que comprenden la familia, y su nudo jamás está bastante apretado. ¿Qué padre y qué madre tendrían solamente la idea de disputar un instante este honor y este goce á los abuelos de su hijo, dejándoles en semejante día el segundo papel, siendo los jefes naturales de su prosperidad? ¿Qué intruso sería bastante osado, bastante despreocupado ó bastante loco para ocupar su lugar en esta ceremonia de su renacimiento?

Sedlo, pues, abuelos, y guardaos bien de declinar vuestro derecho, si se os ha ofrecido dignamente; ¿no sería dar un ejemplo fatal á una generación que no los necesita?

Llevad vuestro vestido de gala y haced vuestro regalo de padrino á vuestra hija y á vuestro nieto; añadid un adorno al manto del bautismo, y prodigad los dulces del feliz suceso. Y vos, abuela, llevad los pañales como madrina, esta es vuestra parte y vuestro privilegio; y á esa muger y á ese hijo de vuestras entrañas no os olvideis de deslizar, como vigilante encantadora, los consejos provechosos con los dones agradables.

Un interesante uso existe en Bretaña, que gracias á Dios se halla también bastante extendido en otras muchas partes. Tanto en los palacios como en las aldeas bretonas, la casada que espera un hijo se dispone á cumplir sus deberes de madre, ó mas bien, con detrimento de los placeres, cosiendo con sus propias manos los pañales ricos ó pobres del ansiado hijo. Con este motivo hay allí la tradición de que la Virgen María favorece á las que esto hacen, castigando á las que no lo verifican.

Existe acerca de esto una leyenda que vamos á referir á nuestros lectores.

Había en el condado de Vannes dos jóvenes nobles, igualmente lindas, igualmente ricas, igualmente felices, y que las dos aguardaban la gracia de un primogénito. Empero sus caracteres eran tan diferentes como eran semejantes sus destinos.

Llamábase la una Anaik la despreocupada, y la otra, con justo motivo, la tierna Genoveva.

Anaik, ensimismada, holgazana, floja y coqueta, tres frutos de un mismo árbol, pasaba los días en contemplarse y adorarse á sí misma, en adornarse y mirarse al espejo y en pensar solo en libros inútiles. Por su pereza olvidaba todo lo que la había enseñado su madre, y dejaba perderse los talentos que el cielo la había prodigado. Era una persona her-

mosa y nada mas; una de esas mugeres de quien el filósofo ha dicho: «la muger es un animal que se viste, charla y se desnuda.»

Todavía Anaik no se tomaba la pena de charlar, no teniendo nada que decir cuando había gastado su tiempo en hablar de la lluvia, del calor, de los vestidos y otros lugares comunes. No deponía su fría magestad sino para mandar, contradecir ó desmentir á las personas prudentes de su familia, y si manejaba la aguja era por matar el tiempo, ocupada siempre en bordados y obras de vanidad.

En cuanto á la envoltura de su hijo había trabajado mucho en ella... pero en sueños. Había hablado seis meses de esto, elegido patrones, modelos de la última moda, y lo había comprado todo en casa de una modista afamada para dejarlos coser á las doncellas de su casa.

—¡Ay! murmuraban las comadres de la aldea cuando la veían venir con todas aquellas compras, y añadían al pasar: ¡vaya una madre! de seguro que á esa la volverán la espalda sus dos ángeles, á no ser que los invoque su arrepentimiento. Empero el arrepentimiento es un rocío del cielo que no conocía, Anaik, flor brillante y seca como un espino.

Todo el mundo se equivocaba y ella sola quería tener razón; tal era el fondo de su conciencia armada del orgullo; y es preciso decirlo: Anaik era una joven muy mimada y como una manzana muy hermosa, dentro de la cual hubiese un gusano.

El amor de los padres obra sobre los hijos como el sol de abril sobre las plantas; hace brotar las flores y los frutos en las buenas tierras, y la cizaña y las ortigas en las malas.

Genoveva, al contrario, se levantaba con el sol sonriendo como él á todo el mundo. Sus afectos naturales, redoblados, no absorbidos por el matrimonio, se multiplicaban y se deramaban en torno de ella como los panes de el Evangelio. Cada cual tenía una parte en su corazón; prodigaba sobre todo los dos afectos mas dulces, los únicos que Dios recompensa en el mundo; el respeto y el amor á sus padres.

Después de haber festejado hasta el último día á su madre, que ¡ay! subió al cielo antes de la edad regular, embalsamaban su corazón la memoria de aquella santa muger con el recuerdo de su ternura y felicidad, tratando de imitar sus gracias y prefiriendo este método á todos los licres y bálsamos del Oriente.

Y aun después de haber prodigado los tesoros de su alma y de su tiempo á todos los miembros de la familia y á todos los trabajos de la casa, aun la que daba grande amor, tanto mas infinito, para su esposo, y muchas horas para coser los pañales de su hijo.

Nada de bordados, nada de entredoses, nada de punto croché, nada de lujo, á no ser para la falda del bautizo.

El cosido de las gorritas, de las camisitas, de las fajas y los pañales, aun los mas duros que quebraban sus finas agujas y maltrataban sus manos delicadas, todo esto era la diversion y entretenimiento de Genoveva.

Había decidido que ninguna mano extraña tocara á aquellos objetos queridos, y que ni una sola puntada de aquel gran trabajo se pagara con oro ni con plata.

Sentía hasta no haber podido ella misma tejer los lienzos, hilar la lana y haber urdido los hilos. No aceptaba mas ayuda que la de sus tías ó de sus hermanas para las cosas gordas; en cuanto á los vestidos interiores, la falda y la capa de bautizo de su hijo (Genoveva había resuelto que fuera un

hijo), en cuanto á esa nube blanca, guarnecida de encage traídos de Venecia á gran coste por el abuelo, que debía ser la túnica de la inocencia de su primogénito, ella sola debía coserlos, aunque tuviese que velar oculta algunas noches.

Esto es lo que hizo: ¡noble desobediencia! Empero fué castigada cruelmente porque cayó mala. ¡Cuánto fué su pesar y su dolor! La hermosa capa para el bautismo estaba sin acabar al pie de la cama. Y ella no podía trabajar, no quería que nadie lo hiciese.

Un día, sola en su alcoba y sin que la vieran, después de un sueño reparador, volvió á coger la aguja y continuó la labor; empero pronto la faltaron las fuerzas; volvió á acometerla la fiebre y la tela se cayó de sus manos.

Acudió desolada toda la familia; ella misma suspiró en una especie de desmayo: ¡oh madre mia, que estás en el cielo, oh ángeles de mi guarda! pues que las jóvenes madres dicen que tienen este deber, tened piedad de mí y acudid en mi socorro para que esta capa se termine á toda costa para el bautizo de mi hijo.

Los dos querubines que estaban allí á la cabecera de su cama, y que no la volvían la espalda como los de Anaik, acogieron su ardiente voto y lo dirigieron á María delante del trono de Dios.

Una hora después Genoveva, agobiada, con la mano puesta sobre su interrumpida obra, se durmió repitiendo: ¡socorro, ángeles, socorro! Y hé aquí el sueño, ó mas bien la visión, que pasó por su mente durante su descanso.

Sintió deslizarse la falda nuevamente de sus dedos, y una muger, pálida y bella, estenderla contemplándola con sonrisa; después aquella muger, mitad sombra, mitad ser viviente, celeste sobre todo, se inclinó tiernamente hacia ella y la dió un prolongado y dulcísimo beso que calmó su fiebre.

Luego se sentó cerca de la cama, sacó de su neceser aguja é hilo, y se puso á trabajar en la capa con una destreza sobrenatural.

Parecía que apenas fijaba los ojos en la labor, volviéndolos con frecuencia hacia la enferma, y sin embargo, su mano corría sobre la tela con una presteza maquina.

El primer sentimiento de Genoveva fué de admiración; después, sus celos de madre se despertaron, y quiso gritar á la desconocida para que la devolviese su labor.

Esta echó una mirada tan tranquilizadora y pronunció una palabra tan cariñosa, que esta palabra y esta mirada, salidas de la fisonomía del espectro, conmovieron tan profundamente á Genoveva, despertando en ella recuerdos tan encantadores y tan indecibles, que su celo se convirtió en reconocimiento, y tartamudeó llorando de ternura: Gracias á vos, cualquiera que seáis, gracias en nombre de Dios.

La desconocida la besó todavía en la frente y sintió como un placer precursor de las delicias del Paraíso. Entonces la que cosía volvió á continuar su trabajo, y esta vez, ¡oh nuevo milagro! con dos auxiliares caídos del cielo, caídos del cielo es la palabra, porque Genoveva reconoció en ellos dos ángeles en sus blancas alas como la nieve.

Cada uno cogió un lado de la falda que la muger acababa de coser y bordar con gran prodigio. Contemplaba extasiada Genoveva aquel cuadro, y en lugar de sentir envidia, experimentaba un arrobamiento íntimo, y un encanto, cual si ella misma hubiese hecho aquella obra que se ejecutaba ante su vista.

Después se despertó sin fiebre: ¡Dios mío, dijo á su marido, á su padre y á sus hermanas, qué sueño tan delicioso he tenido! Y le contó sencillamente.

Júzguese de la sorpresa de todos: el sueño no era un sueño; la falda estaba fuera de la cama, sobre una mesa, con el hilo y las agujas; se había trabajado en ella y adelantado las dos terceras partes de la labor con una perfección inaudita, cual si encantadoras hubiesen cosido en ella durante un mes. Y todos los que estaban allí no habían sabido nada del prodigio, visible solo para el alma de Genoveva.

—¡Oh madre mía y ángeles de mi guarda! exclamó entonces iluminada de repente y adorando el retrato de la santa muerta que adornaba su alcoba; ¡oh madre y ángeles míos, que me habeis escuchado y venido á trabajar para mí desde el cielo!

No podían todavía creer en semejante milagro, y se sospechaba si sería un acceso de delirio; pero la capa estaba allí hablando á los ojos de todos, y fué preciso ceder ante la evidencia, y todo el mundo se arrodilló delante del retrato de la abuela.

Además, en los días siguientes las cosas continuaron; el mismo sueño de Genoveva, en cada sueño la intervención de los tres fantasmas, el mismo trabajo encantador, maravilloso, invisible; antes que concluyera la semana, la capa y la falda para el bautismo se hallaban concluidas, siendo una obra magnífica, admirable, con todos los adornos completos y encajes régios.

No quedaba mas que la cifra del niño por bordar; por una delicadeza exquisita, los obreros del Altísimo la habían reservado para la joven madre. Esta la ejecutó con sus manos, porque ya estaba radicalmente curada: cada visión y cada progreso en la labor habían obrado como un divino remedio.

Diez días mas tarde, en la misma aurora, Anaik y Genoveva daban á luz cada una un hijo, y al día siguiente los dos bautizos se verificaban en las dos casas. ¡Empero la escena era tan diferente allí y aquí! ¡Qué recompensa y cuanta alegría en un lado! ¡qué castigo y cuánto dolor en el otro!

En casa de Anaik la abuela no era la madrina, sea que lo hubiese evitado por economía, sea que la hubiesen rechazado por especulación, se había dado su lugar á una tía lejana, pero opulenta, y á la que se la suponía generosa.

Cuando el ama de cría (porque la madre había hecho que la prohibiesen los médicos criar) se aproximó á la cuna enteramente nueva y quiso tomar al niño, envuelto en pañales magníficos, cosidos por costureras y criadas, encontró que habían desaparecido los pañales, y en su lugar no había mas que harapos informes envolviendo á una criatura muy fea. Según la profecía de las comadres, los ángeles se habían llevado al hijo de Anaik y sus adornos, sustituyéndole con otro niño cubierto de asquerosas vestiduras.

El bautizo se hizo vergonzosamente por la noche, y la madre y la nodriza, y la madrina y el ahijado tuvieron que sufrir una cencerrada, según el uso breton, después de lo cual el pobre neo-cristiano fué llevado á una casa de campo apartada para que le criasen allí.

En casa de Genoveva nada falta á la fiesta de familia. Su leche pura ya había consagrado al fruto de su amor; la cuna era la misma de la madre, conservada cuidadosamente, con cortinas hechas por la santa difunta. Esta era la verdadera

madrina desde lo alto del cielo; la hermana se consideraba su representante.

El padrino era el abuelo, consolado entonces del abandono de su viudez; su nieto embriagaba sus ojos envuelto en aquellos pañales cosidos por su hija y en aquella falda, obra de los ángeles.

También se hallaban presentes aquellos ángeles guardianes y aquella abuela reviviendo en su hijo. Asistió á la cuna; al lecho materno, á la comitiva que fué á la iglesia, en la fuente del bautismo, á la vuelta triunfal y al banquete de familia.

Genoveva, sobre todo, no pudo dudarle, porque en la misma hora en que su hijo se hacía cristiano, y mientras invocaba para él, desde su alcoba, al cielo, una voz, que reconoció con intensa emoción, la dijo al oído, ó mas bien al alma: No ceses de velar sobre tu hijo; forma su corazón como has hecho sus pañales; con el mismo esmero que hemos labrado su vestimenta dirige su existencia y sus destinos; que permanezca fiel como nosotras al culto de la familia y ganará las alegrías del cielo sin ser desgraciado en la tierra.

El hijo de Genoveva fué, en efecto, feliz porque encontró una mujer digna de su madre, y la capa y la falda del bautismo se perpetuaron en su familia como una reliquia, como un talisman.

En cuanto al hijo de Anaik no se le encontró mas; cayó en poder de un saltimbanqui ó titiritero, como sucede con todos los niños robados; creció, y un día hasta llegó á pegar á la que pasaba por su madre, y murió de vergüenza, de remordimiento y de pesar. Tal es la *Leyenda de los pañales* de la antigua Bretaña. Volvamos ahora á la fiesta del bautismo.

El bautismo nos reviste de Jesucristo, según la palabra del apóstol. Este sacramento nos llena de virtudes y nos borra la mancha original; nos dice los dolores de nuestro nacimiento, los que aguardan á nuestra vida, la fraternidad que nos une á todos, la redención que rescató nuestros pecados y la recompensa reservada á nuestras virtudes.

Ved, dice Chateaubriand, al neófito de pie en las ondas del Jordán y al santo hombre que le rocía con el agua lustral. El río de los patriarcas, los camellos que frecuentan sus orillas, el templo de Jerusalem, los cedros del Líbano, todo parece atento...

Este bautismo en plena agua, que recibió hasta Jesucristo de manos de San Juan, se ha conservado en nuestros pueblos, y particularmente entre los sabeos del Asia, que se intitulan cristianos de San Juan. Es preciso leer en San Ambrosio el bautismo de los primeros tiempos de la Iglesia; se tocaban entonces, primero, las narices del catecúmeno, diciéndole: abrios, *epphetad*.

Entraba en seguida en el Santo de los santos; miraba hacia el Occidente para abjurar las tinieblas del demonio; después el Oriente para invocar la luz de Jesucristo; trazaba el sacerdote la cruz sobre el que se bautizaba, símbolo de los misterios de la Escritura (creación, diluvio, mar Rojo, etc.); el neófito era sumergido tres veces en honor de la Trinidad (agua, sangre y espíritu); por último recibía la unción sobre la cabeza, privilegio de la raza elegida, el lavatorio de pies y la investidura de la túnica de la inocencia.

El nuevo cristiano recibía también inmediatamente la confirmación, es decir el temor y la sabiduría, el consejo y la fuerza; después se iba al altar á comer el pan de los ángeles, la carne de Dios, que regocija á la juventud.

¡Augusta fiesta, esclama todavía Chateaubriand, donde los Ambrosios daban al pobre inocente el lugar que rehusaban al emperador culpable! Si esta entrada en la vida no es divina, jamás será nada divino en religion.

Por ser menos solemne el bautismo de hoy, no es menos significativo. Reasume bajo formas sencillas y rápidas todos los misterios y todas las lecciones de otro tiempo; y la festividad, pasando de la iglesia al hogar doméstico, es más fecunda en enseñanzas íntimas é interesantes.

En España hay baptisterios magníficos, pero el mas hermoso que se conoce entre todas las naciones del mundo, es el célebre baptisterio de Florencia, que es un monumento, una obra maestra, una de las maravillas mas admirables del arte y del mundo.

EL PRIMER ARENQUE.

POR ELIAS BERTHET.

TRADUCCION LIBRE DEL Frances.

(Conclusion.)

V.

Habian pasado dos meses. El marqués de Cavignou que, como hemos dicho, habia sustituido á Rolly en el cargo de maestro de francés de la señorita Gudula, caminaba una mañana á casa de su discípula, cuando observó un gran movimiento en el puerto y en el muelle de Amsterdam. Una multitud de buques habian arribado por la noche; el vasto espacio que habia al pié de la célebre *Torre de las lágrimas*, estaba atestado de toneles cuyo contenido se adivinaba fácilmente por el olor asqueroso que exhalaban. A un espectáculo tan extraordinario el marqués se paró á examinar aquella muchedumbre de marinos que se agitaban en desórden sobre la playa: se dió una palmada en la frente despechado.

—¡Vamos! pensó en su interior, para esto me he dado el trabajo de hacer dos meses el pedagogo con esa tontuela! Ha llegado lo que tenia previsto, el viejo Archibald, el fornido novio, y tal vez, ese simple de Rolly van á dar sobre mí antes de que haya podido determinar á la jóven á que huya conmigo, para conseguir por este medio la posesion de su persona y de su dote. La persona no me importa mucho, pero... ¡Coqueta! añadió dando una patada en el suelo, y poniéndose el sombrero de medio lado; imposible es saber lo que hay en un corazon como ese! Con todo, me parece que la he explicado mi amor muy claramente; pero ¿qué hacer con una muger que responde siempre *¡a!*, y que se guarda á sí misma como una fortaleza artillada de cañones? Marqués ¿se habrán burlado de tí en esta ocasion? ¿habrás servido de pasatiempo? Rolly tambien creia ser correspondido, y ¡quién sabe si no fué ella la que urdió aquella trama!.. ¡Marqués, mira no esté esa jóven de acuerdo con el coloso Wilkins y se burle de tí!

Cavignou iba haciendo estas reflexiones que tal vez no eran seguras, y acercándose á casa de Gudula; y cogia el aldabon para llamar, cuando le asaltó un repentino temor.

—¿Quién sabe si la casa de mi discípula estará llena de

gente? dijo para sí; y en verdad, podría encontrarme frente á frente con gentes que no deben tenerme en olor de amistad; ¡diablo! ¡diablo! no nos metamos en laberintos.

Un instante permaneció inmóvil sin saber que resolucion tomar, pero de pronto se decidió y se dijo á sí mismo:

—¿Qué puedo temer? Si me acometen, aquí está mi espada, si alzan el grito, soy noble, rico y me presento para casarme... con las toneladas de oro, añadió por lo bajo, no hay que retroceder antes de batirse.

Penetró en la salita donde se reunia ordinariamente la familia Archibald; todo estaba sosegado y tranquilo como de costumbre; Gudula sentada en su sitio trabajando en su enlage, y su madre dormia mas profundamente que nunca, gracias á una Biblia donde habia tratado de leer un poco, y que caida por el suelo estaba á sus pies. Sin embargo, cuando entró el marqués, la buena muger se despertó, estornudó, levantó un brazo y pronunció con voz entrecortada su exclamacion favorita:

—¡Jesus mein Gott!

—Soy yo, soy yo, señora, dijo Cavignou acercándose con aire modesto, no os incomodeis. ¿No es verdad, añadió apoyando la mano sobre el respaldo de un gran sillón nuevo que ocupaba la anciana; no es verdad que no hay nada tan cómodo para descansar como este sillón á la moda de Francia que os he regalado?

—¡a!, respondió Brígida.

Y para dar una prueba de que apreciaba en demasía el sillón en cuestion, se dejó caer hácia atrás, y continuó durmiendo.

Todo ese tiempo, Gudula sin decir una palabra, habia sacado de una alhacena, papel, tinta y algunos libros; y habia aproximado dos sillas á una mesita; luego esperaba de pié y en silencio á que el marqués le diera su leccion.

—Parece que no ha venido ninguno todavía, pensó éste; tratemos de arreglar el asunto.

Y acercándose á la jóven trató de tomarla una mano que retiró, y le dijo con una galantería respetuosa:

—Y bien, ángel mio, habeis aprendido el nuevo idilio que me han inspirado vuestros lindos ojos? Encantadora Gudula ¿cuándo será el día que penetren mis versos en vuestro corazon?

Como la jóven permaneciese muda y completamente indiferente, el marqués la cogió la mano y replicó vivamente, aunque en voz baja:

—Gudula, es preciso que os expliqueis, yo os adoro, y quiero saber si soy correspondido. Vuestro padre va á llegar muy pronto...

—Ha llegado ya, dijo Gudula aprovechándose de la sorpresa del marqués para desprender su mano.

—¿Qué decís?

—Sí, esta mañana ha desembarcado con Wilkins y el francés. Ahora están en la municipalidad, pero pronto vendrán aquí, y entonces vereis á vuestro amigo.

—¿Al caballero? exclamó Cavignou; ¿estaba con ellos?

—Sí, repuso la jóven con su serenidad habitual; yo suplíqué á Wilkins que me librase de él, y Wilkins lo llevó á la pesca de arenques.

El marqués no pudo menos de soltar la carcajada á la confesion de una venganza de aquella clase; pero al instante volvió á su asunto.

—Ya sabia que no le amábais, encantadora Gudula; el ca

ballero no es mas que un infeliz arruinado y sin gracia, pero yo...

—¡Mi padre y Wilkins! dijo la joven mirando por la ventana.

—¡Wilkins! repitió Cavignou precipitadamente, me retiro, pues, señorita. No quiero impedir con mi presencia la expansión de vuestro cariño; pero podeis contar con que volveré muy pronto, á poner á vuestros pies mi nombre y mi fortuna.

Y el marqués, que no se hallaba con ganas de encontrarse frente á frente con Wilkins, se fué de prisa por la puerta del jardín, mientras que el amo de la casa entraba por la principal.

—Si, ciertamente me casaré con ella, dijo el marqués alejándose de la casa; mi resolución está tomada. No se halla mal dispuesta, la madre está en favor mio: no falta mas que el padre... Tengo un recurso infalible para deshacerme de Rolly; no hay mas que darle cierta noticia!... Pero ¿y ese demonio de Rolly?

El marqués llegaba á su posada, cuando tropezó con un viagero precisamente en el mismo sitio donde se había encontrado con Rolly dos meses antes. No pensó hacer caso ninguno del tropezon, cuando una carcajada le hizo volver la cabeza; era otra vez el caballero, pero no el caballero de antaño de frac elegante y de espada, sino vestido con el tosco traje que le pusieron á bordo; su gorro de marino le caía hasta los ojos. Pero si el exterior había cambiado, el carácter siempre era el mismo, pues el alegre gascon se echó á reir estrepitosamente al ver la sorpresa de su antiguo amigo.

—¡Toma! toma! es el amigo marqués! ya no me conoces! ¡Voto al chapíro! ¿tan cambiado me he puesto?

Si Rolly sabía la verdad aparentaba no hallarse dispuesto á tomar las cosas por lo sério. Cavignou, contento por el giro que tomaba la aventura, fingió el mayor asombro y exclamó con una alegría fingida ó verdadera:

—¿De dónde demonios sales? ¿qué ha sido de tí desde aquella noche en que desapareciste? ¿quién te ha puesto hecho una máscara?

Rolly movió la cabeza con aire misterioso y mostró con el dedo la taberna donde había tenido lugar su primera entrevista. Cavignou le siguió; y un momento despues se hallaban sentados á una mesa en la salita baja del establecimiento.

—Esplicame, ¿cómo, por qué... y cuando...

—No te hagas el desentendido, dijo el caballero con una irónica sonrisa, porque es imposible que ignores lo que me sucedió: Gudula ha debido contártelo todo.

—Querido, dijo el marqués algo turbado, debes conocer que despues de tu rara desaparición, podía... y tenía derecho...

—¡Oh! no digo lo contrario, yo que tú, hubiera hecho lo mismo. Has querido aprovecharte de mi ausencia, para alzarle con la muchacha y su dote; te repito que has hecho muy bien, es de buena guerra; solamente hoy que vuelvo sano y salvo, despues de haber pasado muy malos ratos; te lo juro; hoy que tengo esperanzas positivas de llevarme la palma, espero que te portarás como un buen compañero, y que me dejarás el campo libre, pues tus probabilidades de triunfo se acabaron.

—¡Vive Dios! qué hablas con mucho seso! Parece que has adelantado mucho el negocio en los mares del Norte, y que

el traje de pescador de arenques no te ha quitado las esperanzas.

—Así es, exclamó Rolly, este traje que tanto desprecia el señor marqués, es la base mas segura de mi fortuna.

—Los vientos del polo te han trastornado la cabeza, pobre Rolly, dijo Cavignou con aire desdeñoso, y en verdad que me da lástima.

El caballero frunció las cejas, pero su enojo pasó pronto y replicó naturalmente:

—Escucha, marqués, los chistes no prueban nada; y voy á explicarte lo que me inspira esta seguridad en la boda que traemos entre manos. Sabrás, pues, que ni tú ni yo habíamos tomado un buen camino para entrar en la familia Archibald, presentándonos con trages de seda, alhajas y encajes en casa de Gudula. Aquí, querido mio, en este país de comercio y de industria no se pregunta á nadie: «¿cuánto teneis?» sino «¿con qué medios contaís para hacer fortuna?» «¿En cuánto tiempo dobláis una suma cualquiera?» Lo entiendes, pues...

—No comprendo; ¿pero qué quieres sacar de todo eso?

—En dos palabras te lo diré: cuando me hallé á bordo de la escuadra holandesa, muy á pesar mio, te lo aseguro, me ocurrió reflexionar seriamente en mi posición.

Por razones particulares no debo ya contar con mis rentas de Francia; penosa confesión, pero verdadera. Además, el único medio de agradar al viejo Archibald y de arrancarle su consentimiento, al que ciertamente Gudula no resistirá, consistía en crearme una industria, en hallar los medios de hacer fortuna rápidamente, y el acaso me ha protegido á las mil maravillas. Así fué ¡parece imposible! que yo, todo un cortesano de Versalles, el caballero de Rolly, cuyos antepasados fueron señores de las mejores tierras del Garona; yo, el mas calavera de los mosqueteros; yo, que he tenido el honor de dar una vez la mano á una princesa de sangre real en las cacerías de San German, me hallaba dotado de un talento maravilloso, de una vocación inesperada, de una aptitud milagrosa...

—¿Para qué?

—Para prensar arenques.

Apenas soltó el caballero esta retahila de palabras, todas á una vez, y mirando á su amigo con una indiferencia afectada, cuando este soltó carcajadas de un modo escandaloso: Rolly aguantó con paciencia á que pasara aquel acceso de hilaridad.

—Avísame cuando hayas concluido, le dijo el caballero al cabo de un momento; pero aun no lo sabes todo, mi buen camarada. El viejo Archibald me admira y me quiere mucho, una vez me estrechó la mano con tanta fuerza que creí que me la había deshecho; esto significa mucho, marqués. Esta mañana al desembarcar, me llevó á su casa, y me ha dado en ella habitación, y me trata como si fuera ya de la familia; en fin, he destronado enteramente á Leopoldo Wilkins: ¿comprendes ahora?

El marqués ya no se reía; despues de un buen rato de reflexión, dijo con aire meditabundo:

—Tu conducta no me parecería mal, sino fuera depresiva para un noble.

—No le importa, añadió, no me doy por vencido.

—Ten cuidado, marqués, esta mañana he recibido ciertas noticias con que puedo desembarazarme de tí fácilmente si pretendes hacerme mal tercio.

—Entonces, amigo, respondió el marqués con el mismo tono, estamos iguales si nos hacemos la guerra, porque te haré levantar el campo en cuanto me dé la gana.

—¿Conque quieres guerra?

—Sí.

—¡Pues vaya guerra! dijo el caballero chocando su vaso con el del marqués. Bebamos á la salud del vencedor!

—¡A la salud del vencedor! repitió el marqués.

En aquel instante pasaron por delante de la taberna dos hombres agarrados del brazo y conversando en voz baja. Uno de estos era Leopoldo Wilkins, y el otro Sanson el Temible. La intimidad que parecía reinar entre ellos, escitó en Rolly un movimiento de sorpresa, que el marqués no dejó de reparar cuidadosamente.

—¡El vencedor! dijo, será ese joven, á lo que creo. Gudula es para él.

—Gudula será para quien quiera el padre, repuso el caballero con tono decidido. ¿Acaso esa criatura, con su indiferencia de hielo y su sencillez, es capaz de tener voluntad ni de manifestar un deseo? Por otra parte, sin meternos en pormenores, te diré que Wilkins tendrá que arrepentirse amargamente de la violencia que me hizo; te juro, que le he pagado con usura.

—¡Qué diestro es este Rolly! dijo Cavignou con ironía; y con todo, no veo como podrá evitar el golpe que voy á darle.

—¡Este marqués! va á verse metido en un berengenal que no sé como ha de salir de él por listo que sea.

—¿Y cuándo comienzan las hostilidades? preguntó Cavignou con aire indiferente.

—Mañana mismo, respondió Rolly con el mismo acento; mañana master Archibald dá en su jardín una gran comida á todos los marinos y pescadores de sus buques; ya están abriendo toneles de cerveza, y asando bueyes enteros. Figúrate que el rey de esa fiesta seré yo, el mas novel y el mas diestro de todos los pescadores de arenques, y pienso aprovecharme del entusiasmo que escitaré para hacer mi petición al padre. Tú, como maestro de lenguas de la muchacha, puedes asistir al banquete..... ya ves que me porto franca y lealmente.

—Sí, dijo el marqués, te despachas á tu gusto; pero no importa, toma la delantera que quieras, estoy seguro de ganar la partida.

—¡Hasta mañana! Voy á prepararme para la batalla, mi querido marqués.

—Y yo tambien.

—Dicho esto, se dieron las manos y se separaron.

Aquella misma tarde, un lacayo de alta estatura y con una magnífica librea, llevó á meinhoer Archibald una elegante carta, en la que el marqués pedía con toda ceremonia la mano de la señorita Gudula para su esposa.

VI.

Al día siguiente toda la ciudad de Amsterdam se hallaba llena de vida y animación para ver la procesion de marinos, que conducía á su compañero Duldof á la casa de la municipalidad, donde iba á recibir de manos del burgo-maestre el premio de la pesca. En toda esa marcha triunfal por el inmenso muelle del Zuiderece, el viejo pescador, á pesar de sus hermosos vestidos y de los honores que se le hacían, parecía preocupado y triste. De seguro aquel nuevo

triunfo no llenaba al honrado anciano, y su conciencia se lo reprendía como una mala acción.

Rumores muy estraños habian corrido sobre el supuesto error de Wilkins, decíase que Wilkins era un pescador demasiado diestro para haber cometido, aun en la oscuridad de la noche, una equivocación de tal naturaleza; que al proclamar su victoria lo hizo de buena fé, y que, por último, solo una intriga habia podido privarle del premio que le era debido.

A la misma hora, unos cien marineros y pescadores dependientes del rico Archibald se hallaban reunidos en el jardín, donde se veían los preparativos de un gran banquete. Por medio de tablas colocadas encima de toneles, habian improvisado largas mesas donde todos los convidados podian sentarse muy cómodamente. Estos no mostraban gran alegría ni contento: divididos en cortos grupos, fumaban hablando de cuando en cuando en voz baja, cuando resonaron los gritos de todos los marinos que iban á la municipalidad, uno de entre ellos se levantó y salió precipitadamente: era Sanson el Temible.

Cavignou entró en el jardín y echó una mirada desdeñosa á aquellas gentes, que ni aun su mirada le devolvieron. El marqués llevaba un traje de corte, brillante, capaz de escitar la atención de aquellas pobres gentes; su ayuda de cámara le habia vestido con esquisito lujo y elegancia, su casaca de terciopelo estaba toda bordada, y su persona toda, despedía un perfume de almizcle y de azar como una perfumería.

Andaba altivamente, con la cabeza erguida, cuando vió á Rolly que se acercaba á él con un semblante irónico. Al contrario de Cavignou, el caballero iba vestido con la misma sencillez que el día antes, únicamente en vez de su gorra de pelo, llevaba un sombrero de alas anchas, y de un verdadero tipo holandés; y lo decimos con pena, en cuanto á perfumes Rolly habia llevado la exactitud histórica de su traje hasta el punto de no oler mas que á brea y arenques.

—¿Con que estamos vestidos de punta en blanco para la batalla? dijo familiarmente á su antiguo compañero; quieres deslumbrar, y te digo que no vas á causar el menor efecto.

—Eso lo vamos á ver; pero, ¿sabes si han recibido mi carta?

—Lo ignoro completamente, pero el padre está en la salita baja, con que vamos á verle.

Mientras se dirigian hácia aquellas estancias donde dos meses antes habian presenciado la despedida de Archibald y su familia, divisaron en un ángulo lejano del jardín, á Leopoldo Wilkins que estaba solo y meditabundo.

El marqués entró delante con modales de corte, haciendo mil cortesías. Rolly iba detrás con una actividad fria y segura cual un verdadero flamenco. Archibald, sentado junto á la ventana desde donde podia ver lo que pasaba en el jardín, estaba llenando el cuarto de humo acre que exhalaba su boca como de un volcan en erupción. Gudula hacia su labor como siempre, sin aparentar que pensaba en otra cosa mas que en su encage. Pero ¡cosa increíble! Brígida no estaba durmiendo; trataba de tomar una actitud magestuosa en su sillón de terciopelo de Utrecht, y si no hubiera bostezado á cada minuto, se habria podido creer que habia cierta magestad en su porte.

El marqués al entrar, á pesar del humo que le atacó á la garganta causándole un acceso de tos, saludó con muchas

cortesías, primero al viejo Archibald, después á Brígida, y luego á Gudula, deshaciéndose en cumplimientos y sonrisas de cortesano. El caballero al revés, se fué en derechura á dar la mano al viejo, dirigió á las señoras un simple saludo con la cabeza, y se retiró á un extremo del cuarto, deseoso de ver como su amigo entablaba sus difíciles negociaciones.

Sin embargo, á todas las ceremonias del marqués, Brígida no respondió sino con una ligera inclinación, pues sus carnes no le permitían levantarse del todo del sillón, y Gudula contestó con una sonrisa, que al noble le pareció bastante simple. En cuanto al gordo comerciante, á todas las preguntas del marqués sobre su salud, su comercio y su feliz viage, respondió con el *ia* sacramental acompañado de una bocanada de humo de tabaco de la pipa.

Al cabo de un buen rato, el marqués conoció que su posición se iba haciendo ridícula á los ojos de su malicioso rival: conoció la necesidad de precipitar las cosas con gentes tan avaras de palabras, y dijo con voz afable y meliflua:

—¿Meinher Archibald ha recibido sin duda la carta que tuve el honor de escribirle ayer noche?

—*Ia*.

—¿Y puedo lisonjearme de que mi demanda será bien acogida por el ángel celestial aquí presente?

Y al decir esto echó una pérfida mirada al ángel celestial, que no hizo el menor caso, y esperó la respuesta. Nadie dijo una palabra; hubo una escena muda muy penosa para el marqués, pero la mirada sarcástica de Rolly, le hizo recordar la energía del amor propio ofendido.

—Confieso, meinher, añadió, que hay que tener muchos méritos para atreverse á pretender la mano de la señorita Gudula, la mas bella y perfecta de todas las jóvenes de las Provincias Unidas. Sin embargo, mi título, mi gerarquía, y mi fortuna en Francia, y sobre todo la violenta pasión que me ha inspirado esta divina criatura, las pruebas que le he dado de mi amor convirtiéndome en su maestro de lenguas para verla todos los días, me hacen digno, tal vez, de ese tesoro de gracia y de belleza....

—Quiere decir de sus florines, pensó Rolly.

—Vuestra hija será marquesa, continuó Cavignou con mas vehemencia; tendrá haciendas, palacios y vasallos. La llevaré á la corte de Francia, donde brillará entre las primeras damas de la nobleza; hablad, os lo ruego, dadme alguna esperanza.

Y como la elocuencia del marqués se quedaba sin respuesta, se dirigió á la madre Brígida, que le miraba con una estúpida admiración.

—Señora, os suplico que intercedais por mí; decid á vuestro marido....

La buena muger interpelada de este modo, se levantó con dificultad y dijo:

—¡Es un buen joven, un buen joven, que me ha regalado este sillón que me gusta tanto! ¡Un joven que temía siempre despertarme cuando estaba durmiendo! En verdad, Archibald, no puedes hallar mejor partido para nuestra hija.

El viejo se habia mordido los labios de un modo significativo, y en su rostro brillaba una expresión de orgullo. Claramente se veía que le lisonjaba el que un señor joven y brillante de la corte de Francia, quisiera unirse con la hija de un simple comerciante de arenques establecido en Amsterdam. El marqués habia logrado una parte de lo que se proponía, que era deslumbrar al viejo; pero desgraciada-

mente, la desconfianza comun á todas las gentes de negocios, y la prudencia con que este se manejaba en todos los actos de su vida, le pusieron en guardia contra el impulso de un primer movimiento, y respondió tranquilamente quitándose la pipa de la boca:

—Jóven, si es así, si realmente teneis la categoría, la fortuna y la posición de que habláis, si amais tanto á Gudula, no prometo nada... pero veremos... Estos negocios no son para tratados de golpe, y si mi hija consiente...

—Creo estar seguro de ello, dijo el marqués levantándose y aproximándose con calor á la joven holandesa.

—Ahora me toca á mí, dijo el caballero en francés y en voz baja pasando rápidamente por delante del marqués. Continúa la batalla.

El marqués se sonrió con aire de triunfo y se puso á hablar en voz baja con Gudula, que le escuchó con una absoluta indiferencia, y sin pronunciar una sola palabra. Entretanto Rolly se adelantó hacia el viejo pescador de arenques, que habia vuelto á fumar en su pipa y fumaba con celeridad á fin de reparar el tiempo perdido.

—Master, le dijo, creí que habíais prometido vuestra hija á ese pobre Wilkins.

—Sí, sí, repuso el viejo deteniéndose á cada palabra; y se la hubiera dado, si Wilkins no se hubiese dejado vencer por Duldof, y sobre todo si no hubiese mentado... Si, se la hubiese dado, porque Wilkins entiende muy bien el comercio y la pesca, y mas adelante habria podido reemplazarme...

Aquí el viejo arrojó precipitadamente varias bocanadas de humo, como si se hallase conmovido interiormente; el caballero continuó en estos términos:

—¿Y qué, solo Wilkins es digno de realizar vuestros antiguos proyectos? ¿Por ventura, faltan otros que desean la dicha de Gudula, sin entregarla á un hombre rico y noble, es verdad, pero que siempre despreciará el origen de vuestra fortuna, y quizá la disipará toda como el hijo pródigo?

—¡Caballero! exclamó el marqués iracundo, no permitiré.

—Olvidas nuestros pactos, le dijo el caballero en francés; te he dejado el campo libre; sé cortés conmigo.

Cavignou se mordió los labios de ira.

—Master Archibald, repuso Rolly, con un tono de voz cada vez mas patético; yo tambien amo á vuestra hija y me la habeis negado, y sin embargo, no era menos noble, ni quizás menos rico que mi rival; pero para merecer la mano de la señorita Gudula, se necesitaban otras condiciones mas que las de la fortuna y la nobleza. Por eso me aproveché de una circunstancia que en el día no me atreveré ya llamar fatal, para adquirir grandes conocimientos en vuestra profesión y ya sabeis que en el día...

—En el día conoceis la preparación y el comercio del arenque como yo mismo, dijo el viejo con acento gozoso, y habeis tomado muy bien mis lecciones.

Ahora le tocó á Rolly el paladear las delicias del triunfo.

—¿De modo que tengo derecho para pretender nuevamente la mano de vuestra hija? exclamó dirigiéndose al viejo; y si consultaseis á la señorita Gudula, creo que entre ese señor y yo no vacilaría en la elección.

Cavignou y Rolly aguardaron con igual impaciencia la respuesta del padre, pero Archibald tenía la costumbre de no apresurarse por nada. Así pues, continuó arrojando el